

**Experiencia de Aprendizaje I
Viaje Familiar**

RAFAEL CANDELARIA ACOSTA

SEMINARIO TEOLOGICO DE PUERTO RICO

DML811 – Formación Espiritual para Liderazgo Global

Dr. Javier Gómez
Dr. Mike Plunket

15 de diciembre de 2020

Parte A: Resumen de la data obtenida

Un viaje familiar siempre provee lindas oportunidades para conocer, revivir o hasta descubrir cosas que explican su comportamiento. Para realizar este viaje familiar realicé entrevistas a 7 miembros de mi familia y procuré compararlas con mi propia experiencia personal. Las personas entrevistadas fueron:

- Felipe Candelaria Varona – (85 años) – Padre
- Alice Collazo Acosta – (71 años) - Prima
- Evelyn Miranda Acosta – (63 años) – Prima
- Carmen Sanchez Acosta – (63 años) – Prima
- Lourdes Mendoza Acosta – (52 años) – Prima
- Oria Andino Acosta – (51 años) – Prima
- Ingrid Candelaria Acosta – (46 años) – Hermana

A través de mi acercamiento encontré que, por un lado, tengo mucha relación con la familia Acosta, mientras que mi relación con la familia Candelaria es casi inexistente. Mi padre (85 años) fue el menor entre todos los hijos de Don Felipe Candelaria y Josefa Varona. Con excepción de una hermana (María Candelaria), todos los demás hermanos se radicaron en diferentes estados de los Estados Unidos y apenas tuve contacto con mis primos. De hecho, al día de hoy desconozco dónde viven.

En el caso de María Candelaria, fue la hermana más cercana a mi papá. Sin embargo, años antes de ella morir, mi padre se enemistó con mi prima (hija de María), por unas decisiones que ésta tomó con su mamá (hermana de mi papá). Al día de hoy, él siente mucho rencor con mi prima.

Personalmente, tuve contacto y buenas conversaciones con mi prima hasta que se mudó con sus hijos a Estados Unidos y no ha respondido mis mensajes.

En el caso de la Familia Acosta, pude observar mayor comunicación entre todos, todos conocen lo que está pasando en la familia y mantienen vínculos a pesar de vivir en diferentes lugares de Estados Unidos.

En la distribución que realicé con las personas entrevistadas, utilicé 3 que me sobrepasan por más de 10 años y 3 que están en mi mismo nivel de edad. Aún así, encontré grandes patrones que se repetían entre los entrevistados:

1. La fe religiosa que profesaban los padres, era la misma que los hijos aún profesan (5/6).
2. No evidenciaron vacaciones fuera de sus hogares (5/6).
3. No evidenciaron un nivel de escolaridad mayor que cuarto año (6/6).
4. A pesar de esto, todos fueron motivados por sus padres para lograr una mejor escolaridad (6/6).
5. La gran mayoría alcanzó, al menos, un nivel de Bachillerato (4/6).
6. Todos los entrevistados indicaron que sus padres fueron sumamente estrictos con ellos (6/6).
7. En los años recientes, la gran mayoría de los entrevistados, han experimentado tanto el luto como momentos de gran alegría (6/6).
8. Los padres de la gran mayoría de los entrevistados permanecen casado o tuvieron más de 50 años de matrimonio (4/6). En el caso de Florentina Acosta y Dolores Collazo, padres de Alice, él murió a los 66 años y aunque no habían cumplido 50 años de matrimonio, todavía permanecían casados.

Parte B: Evaluación Reflexiva

Como mencioné en la introducción, mi análisis incluyó el comparar cada entrevista conmigo mismo. Ahora puedo ver porqué mi esposa me ha preguntado en varias ocasiones, **¿A quién tu saliste?** Mi acercamiento al Evangelio ha sido contra cultura en mi familia. Desde la crianza de mis padres, su acercamiento a la fe y en el comportamiento religioso de mi familia no encuentro un espacio para poder ver un patrón espiritualidad saludable. Eso me lleva a contemplar el trato de Dios para mi vida que, desde temprano, me llamó a su servicio, incluso al ministerio.

Aspectos Agradables e incómodos

Aún cuando no encuentro una experiencia genuina hacia el Evangelio, puedo ver unos buenos patrones familiares que me llaman la atención. En las entrevistas pude ver matrimonios duraderos, seriedad en la crianza de los hijos, buena ética del trabajo y en términos generales gente considerada como buena. Por otro lado, también percibí el cuidado a responder a las preguntas con cierta cautela. Esta forma de cuidarse al contestar las preguntas sugiere que pueden haber cosas que se quieren esconder o, al menos, tratar de presentar la mejor cara de la situación. No existe familia perfecta, pero mirando la familia en su totalidad, los hijos de mis primos salieron “buenos muchachos”.

Otro elemento que debe ser considerado en la ecuación es la forma en que se manejan ciertos conflictos en la familia. Por el lado de mi madre, la respuesta es a dejar las cosas como están, sin abordarlas, para no entrar en discusiones mayores. Por el lado de mi padre es a guardar silencio y cortar todo tipo de comunicación.

De hecho, ese fue precisamente uno de los aspectos más incómodos dentro del contexto de familia: la mala relación de mi padre con parte de su familia. Detrás de un hombre cariñoso, buen padre, buen abuelo, buen vecino y buen anfitrión, se esconde un ser rencoroso, muy similar al de su hermana, quien vivió odiando a su esposo desde que se enteró que por muchos años le era infiel. Esto no significa que mi padre no ame a su familia, sino que no puede manejar las situaciones cuando algo no le gusta o le molesta.

Cuando hago una introspección, me doy cuenta que cargo con ambos genes. Si bien es cierto que no los llevo a otro nivel, en mí reposan ambas características y, ambas, podrían esconderse detrás de una persona INTROVERTIDA. Ahora veo que, con el paso del tiempo, he usado mi personalidad como un mecanismo de defensa: “No te acerques mucho para evitar que me golpees... de esa manera, no tengo que pelear o ¡peor!, enojarme y guardarte rencor”. ¿A dónde me ha llevado Dios con esto? Siento que Dios me ha inquietado: Ráf, ¿de verdad que no quieres enojarte y no guardarle rencor a los que te ofenden? O ¿es que no quieres poner la otra mejilla? ¿o llevar la capa?

Sentimientos encontrados

Toda familia está llena de experiencias emocionales. En todas las familias convergen las alegrías de los nacimientos, cumpleaños, bodas y graduaciones; con las enfermedades de los viejos, divorcios, adicciones y muertes repentinas. Todas esas emociones sacan de la gente las expresiones más “gloriosas” así como los más profundos silencios.

En la mayoría de las personas que entrevisté la enfermedad o la muerte han marcado gran parte de años recientes. Además, han vivido eventos que les han producido enormes alegrías o satisfacciones.

Este acercamiento a la enfermedad o al luto y a las alegrías me permitió observar que no, necesariamente, estamos prestando atención al cuidado del alma de los demás. Cada núcleo familiar está viviendo sus propios dolores sin el acompañamiento de todos los demás: (1) Felipe perdió a su hijo; (2) Papo, esposo de Alice, fue operado de las cervicales; (3) Evelyn está en Chicago y sus padres ancianos viven en Puerto Rico; (4) A Raymond, papá de Carmen, acaban de diagnosticarlo con algún tipo de enfermedad pulmonar; (5) A Lourdes se le murieron sus papás con 2 años de diferencia entre uno y otro; (6) A Lula, mamá de Oria, la operaron recientemente con posibilidad de malignidad; (7) a Ingrid se le murió su hermano y otras situaciones de salud.

En mi caso, el 26 de octubre de 2018 encontré a mi hermano muerto en la sala de su casa. Sin duda, ha sido la experiencia más fuerte que he vivido en muchos años. La muerte súbita de mi hermano arrancó un pedazo de mi corazón. Posterior al hallazgo del cadáver, fueron varias las ocasiones que despertaba, a media noche, sobresaltado al “ver” a mi hermano muerto, esta vez en mis sueños. La carga emocional se multiplicó cuando tuve que decirle a mis padres sobre el fallecimiento de su hijo mayor y acompañar a mis dos sobrinas en el momento en que llegaban a la casa.

Cuando hago una introspección, me doy cuenta que, por años, el estar inmerso en todos los roles que he desempeñado me ha separado de mi familia. No fue hasta hace ocho meses, durante el

encierro en Puerto Rico a causa de la pandemia, que decidí “aparecer” en el escenario familiar. Durante varias semanas, estuve comunicándome telefónicamente con mucha gente de mi familia: Tías, primos, etc. Gente con quien no hablaba por años; no porque nos lleváramos mal, sino porque estaba inmerso en mi familia inmediata y atendiendo el asunto de mis padres. La trampa de lo “urgente” me había arropado y, por años, no saqué tiempo para cultivar relaciones familiares. Debo confesar que aunque no he llegado al nivel adecuado, ciertamente he mejorado mucho en esta área de mi vida.

Crianza fuerte

Todos los familiares entrevistados coincidieron en lo estricto de la forma en que fueron criados. Algunos resienten ese tipo de crianza y expresan sus sentimientos de rechazo y dolor. Sin embargo, ninguno de los entrevistados imitó este patrón de crianza con sus hijos. Aunque la mayoría expresan que fueron fuertes en la crianza, no lo comparan con la forma en que ellos fueron criados.

Debo destacar que, en mi opinión, el tipo de crianza fuerte a la que fuimos sometidos contribuyó al desarrollo académico de cada uno de nosotros. Nuestros padres no querían que se repitiera, en nosotros, los bajos niveles de escolaridad. Naturalmente, este sistema estricto afectó más a las féminas, toda vez que permanecían en la casa y les era más difícil salir. En el caso de los varones era diferente: hacíamos todo lo que queríamos hacer y casi nunca se enteraban. La excepción a esta regla lo fue Lourdes. Era la menor de entre 5 hermanos, viviendo en Nueva York y un perfil de que le da una “pescosá” a cualquiera.

Ahora, mirando hacia atrás en el tiempo, descubro que esta actitud de esconder lo que hacíamos para no ser atrapados por el sistema estricto de crianza, nos llevó a tirar la piedra y esconder la mano. ¿porqué esto es serio? Porque afecta nuestra capacidad de confesión y resalta las mentiras de que si confieso seré penalizado. Para poderlo explicar bien: criado con una desproporcionada manera de castigo, lo mejor era no confesar. Así que, en la mente se crea la imagen de un Dios severamente castigador e iglesias severamente castigadoras.

No tomemos esto livianamente. Si a esto le sumamos que los líderes del ministerio de niños, de la iglesia donde asistíamos, eran vistos como si fueran nuestros padres, pues no había escapatoria. En la casa y en la iglesia era la misma cosa. Así que, ¿quién rompió la bombilla del patio de la iglesia?; ¿Quiénes “se tumbaron” los juguetes que sobraron de la navidad pasada para jugar en el patio de la iglesia?; ¿quién tiraba las pepitas de jobo a los carros que pasaban?; ¿quién desafinaba las guitarras para que cuando llegaran tuvieran que pasar trabajo afinando? Hoy puedo decir que “nosotros”...

Pienso que todos sabían que éramos nosotros, porque no había nadie más que lo pudiera hacer. Nuestra mente estaba enfocada en el castigo y veíamos a los líderes de niños como castigadores, sin embargo, no era así. Así que desde temprano, esa mentira se fue desarrollando.

En mi adultez, se me hizo difícil abrir el corazón para hablar mis asuntos personales o privados con mentores o líderes espirituales. Mi mente estaba orientada al castigo. No puedo culpar a mis padres por eso. Pero, claramente, no había una comprensión del Evangelio que me hiciera confiar en vez de temer.

Orientación al trabajo

Lo más que recuerdo de mi padre es una vida orientada al trabajo. En ésta área solo 2 de los entrevistados coinciden en que sus padres eran trabajadores compulsivos. Ambos, Juan y Felo, tenían baja escolaridad. De hecho, no podían darse el lujo de perder sus trabajos. Así que, por temporadas, trabajaban siete días a la semana.

A mi padre siempre le gustó la agricultura y la crianza de animales. Así que después de trabajar en una fábrica, llegaba a la casa a darle comida a los animales y sembrar o desyerbar. En el verano, nosotros ayudábamos con alguna de esas funciones. Ese ejemplo de trabajo fue copiado por mi hermano y por mí. En nuestras respectivas disciplinas y/o profesiones u oficios trabajamos largas horas.

Tal ha sido mi respuesta al trabajo que en las evaluaciones del 360, requisitos para el programa doctoral en Ministerio, varias personas identificaron la necesidad del descanso como una de las áreas en que debía mejorar. El hecho que varias personas coincidieran en la misma área, llama la atención de la Dra. Leida Matías para hablar más al respecto. Desde luego, las conversaciones fueron enriquecedoras, pero tuve que hacer una profunda introspección al respecto.

Tal y como expreso en mi trabajo de Experiencia de aprendizaje 3, los hallazgos fueron reveladores, pecaminosos y puntales para crear la consciencia que debe tener alguien verdaderamente balanceado. Por años he sido trabajado mucho, hasta he llegado a hablar sobre la importancia del descanso, pero en mi vida he sido un necio. La razón, me he hecho sabio en mi propia opinión. El hecho de hablar del descanso sin practicarlo es una mentira que abrazamos con aires de superficialidad. Lo que nunca me percaté es que en mi “propia opinión” estaba

haciendo a Dios mentiroso. Si lo que yo digo es cierto, entonces lo que Dios dice es mentira. Cargué esa necesidad por años. Hoy, debo decir que Dios ha tenido misericordia de mí.

Una vez llegaba de Guatemala y le dije a un compañero pastor, “estoy cansado”. El me dijo: “cansado de qué, si solo fuimos a comer y dormir...”. El evento del cual veníamos era uno de reuniones, comida y descanso. Cuando pienso en lo que mi amigo me dijo, llamo a la Dra. Reyes y le pido que, por favor, me examine. Luego de hacerme un electro cardiograma, me dijo: “pastor, quédese aquí sentado que usted va para el hospital”. Luego que hace las gestiones pertinentes, me envió para mi casa con el compromiso que al otro día asistiría a una cita, que ella misma me sacó, con el cardiólogo.

Al otro día fui al cardiólogo y luego de una batería de exámenes, concluyó que estaba agotado. Hablando con el Dr. Ariel Ortíz, me dijo: “Si tu no te detienes, te tomará más de año y medio estar donde estás hoy”. Le hice caso, cancelé 5 viajes al exterior, detuve la velocidad y pude ver mejoría. Pero, persistí en mi dureza de corazón. Hace dos años enterré a mi hermano y persistí en mi dureza del corazón.

Este tiempo de introspección me ha ayudado a tomar acción, arrepentirme y escoger vivir un estilo de vida diferente. Agradezco a Leída, mi amiga, por dejarse usar por Dios para ayudarme a ver lo que no veía.

¿y ahora qué?

PARTE C: Entonces, ¿qué aprendí?

Luego de haber reflexionado mucho sobre este viaje familiar, he aprendido lo siguiente:

- 1. Debo prestar atención a la inclinación que la familia de mi padre tiene por la falta de perdón y rencor.**
 - a. Para mi vida: No dar lugar al diablo en esta área de mi vida.
 - b. Para mi familia: Pedir a Dios que me ayude a tener dominio propio cuando me entere de cosas que no me agradan.
 - c. Para mi ministerio: Aprender a tratar a todos con gracia y no reflejar corajes desproporcionados.

- 2. Debo estar presente en la vida de toda mi familia – al menos, con los que inicié conversación luego de comenzar la pandemia por Covid-19.**
 - a. Para mi vida: Conectar. Estar presente. No andar solo.
 - b. Para mi familia: Para que puedan ver el Evangelio encarnado.
 - c. Para mi ministerio:

- 3. Debo abrazar la disciplina del descanso con el mismo rigor con el que dedico horas a mi trabajo.**
 - a. Para mi vida: Balance, salud, niveles controlados de stress y ansiedad.
 - b. Para mi familia: Tiempo para estar juntos, niveles controlados de stress y ansiedad.
 - c. Para mi ministerio: Perpetuidad. Evito la quemazón y duro más.

- 4. Debo cultivar más relaciones en las cuales tenga que dar cuentas de cómo está mi alma.**
 - a. Para mi vida: Plan de cuidado del alma. Formación espiritual.

- b. Para mi familia: Transparencia y una manera de cuidarlos.
 - c. Para mi ministerio: Credibilidad. Lograr que el vaso interno esté limpio y transparente.
- 5. De la misma manera que hice este viaje hacia atrás, debo hacer el mismo viaje hacia el frente, y hacer una introspección sobre el daño que mi pasado familiar pudo haberle causado a mis hijos.**
- a. Para mi vida: Oportunidad para no cometer los mismos errores.
 - b. Para mi familia: Crear unos vínculos más fuertes que los que tenemos hoy.
 - c. Para mi ministerio: Libertad.
- 6. Debo concluir mi acercamiento a la pregunta: ¿de verdad que no quiero enojarme y no guardar rencor a los que me ofenden? O ¿es que no quiero poner la otra mejilla? ¿o llevar la capa?**
- a. Para mi vida: Será un camino para vencer el “yo”
 - b. Para mi familia: Proveerles seguridad de que estoy para ellos.
 - c. Para mi ministerio: Autoridad para liderar.
- 7. Una vez haya madurado en mi disciplina del descanso, madurar en ocupar tiempo para ejercitarme.**
- a. Para mi vida: Salud / fuerza / estamina
 - b. Para mi familia: Tiempo para compartir juntos.
 - c. Para mi ministerio: Una vida verdaderamente balanceada.